

El tatuaje de hierro

Cuando los guardabosques le encontraron en las tierras del interior, al norte de New Hampshire, tenía el cuerpo lleno de moretones recientes y de cortes que rezumaban sangre. Estaban encima de una celosía de antiguas heridas, entre las que había una cuchillada profunda en el rostro y una herida de bala cicatrizada en el muslo derecho. En los antebrazos y el pecho había un brillante mosaico decorativo: unos tatuajes estrambóticos.

Sabía su nombre, Jim Reilly, pero no mucho más. No era capaz de explicar cómo se había perdido en aquel trecho remoto del Sendero de los Apalaches, ni por qué estaba allí. No llevaba ninguna identificación encima. Los guardas le habían transportado en helicóptero hasta un pequeño hospital cercano, donde le diagnosticaron desnutrición, deshidratación y traumatismo craneal. Los médicos supusieron que había vivido durante un tiempo en el bosque y que se había caído al intentar escalar una montaña, lo que le produjo una conmoción cerebral y amnesia.

A medida que empezaron a asomar algunos fragmentos de su memoria, Jim recordó que vivía en Hamburgo, Pen-

Escuchar con humildad

silvania, un pequeño municipio al pie de las Blue Mountains de ese estado, no muy lejos del hospital Lehigh Valley. Puesto que nuestro hospital disponía de un centro de traumatología con experiencia en neurología, nos lo transfirieron.

Desde el momento en el que llegó en silla de ruedas a nuestra unidad de traumatología, Jim llevaba con él un aura de intriga y peligro. Nos explicó que era un antiguo miembro de un cuerpo especial de la Marina que había participado durante seis años en misiones secretas a las que, a menudo, se refería con frases superficiales del tipo no-preguntes-más. Una vez nos confió que le habían herido en batallas que el Departamento de Estado negaría que hubieran acontecido nunca. ¿Estaba recuperando la memoria, o se trataba de un delirio? ¿O quizá no era más que un mentiroso muy creativo?

Realmente parecía uno de esos militares aventureros, con la piel bronceada y curtida al aire libre, penetrantes ojos castaños y pelo negro, cortado algo más largo que el típico rapado militar; le hacía unos treinta y cinco años. Estaba dispuesto a conceder que por lo menos una parte de su historia podía ser cierta, porque tenía el deltoides decorado con un tatuaje del cuerpo especial de la Marina (que se aseguraba de que todos pudiesen ver, levantando un poco más la manga izquierda de su camiseta). Tenía una fortaleza extraña, aparentemente ajena al dolor producido por las lesiones que se había hecho en el bosque. Y las heridas de bala eran inconfundibles.

El tatuaje de hierro

En un momento determinado, mientras le estaba explorando, me señaló la cicatriz de un agujero profundo en el muslo; dio una carcajada y dijo:

–Mire, doctor Castaldo, podría explicarle dónde gané esa bala. Pero luego tendría que matarle a usted, ¿sabe?

Mientras me lo decía, me miraba fijamente a los ojos, y esperó diez segundos antes de dejar que la comisura de sus labios empezara a encorvarse ligeramente hacia arriba.

El arte corporal de Jim parecía reflejar algo feroz, incluso violento, de sí mismo. El bíceps derecho estaba circunscrito por un tatuaje de un alambre de púas y, entre la base del cuello y la mandíbula, tenía tatuada una llamarada amarilla y naranja. La mayor parte del esternón y el tórax estaba ocupada por un caballero con armadura que blandía su espada sobre un dragón que echaba fuego. Los musculosos antebrazos y los bíceps eran el lienzo para mil tatuajes macabros de aspecto pavoroso de varios lugares del mundo, como un aguafuerte permanente del mapamundi sobre su piel.

La verdad es que encontré que Jim era una persona bastante difícil. Hablaba en voz alta, era chulo y bullicioso. Dondequiera que lo encontrara, siempre parecía estar metiéndose con alguien, reprendiendo a sus compañeros de habitación, dando prisa a las enfermeras, tratando de retar a los médicos... Hablaba con aplomo, en estilo militar, y estaba lleno de teorías conspirativas acerca de todo, desde quién había sido el responsable del asesinato de Kennedy (el FBI), hasta las verdaderas razones que había detrás de la guerra de Vietnam (los intereses petroleros de Estados Uni-

Escuchar con humildad

dos). No creía en nadie. Cuando le pedíamos un análisis de sangre, levantaba las cejas y decía con sarcasmo: «*Análisis*. ¡Uau! Muchachos, ¿creéis que no sé que estáis vendiendo mi sangre en la calle para sacaros un sobresueldo?». Por la manera en que lo decía y sus ojos castaños centelleando bajo las cejas arqueadas, era imposible saber si bromeaba o hablaba en serio.

Sin embargo, paradójicamente –quizá como reflejo de sus antecedentes militares–, solía hacer todo lo que le pedíamos. Cuando llegó al Lehigh, no presentaba fracturas óseas importantes, pero tenía la pierna izquierda hinchada debido a una flebitis y, al principio, no podía andar. Obediente, se sentó en una silla con la pierna en alto y estuvo de acuerdo en tomar un anticoagulante para evitar que los coágulos empezaran a llegarle a los pulmones, una enfermedad que pone en riesgo la vida, llamada embolismo pulmonar. También tomó los antibióticos que le prescribimos. Cada día parecía ir un poco mejor.

No resulta nada sorprendente que a algunas enfermeras les gustara ese encanto de niño travieso y su apariencia áspera. Flirteaba con ellas de un modo escandaloso y trataba de distraerlas haciendo carreras en su silla de ruedas, con una pierna levantada y extendida al frente, y haciendo equilibrio con las ruedas traseras o bien girando sobre sí mismo a gran velocidad, y riéndose complacido mientras daba vueltas (esto no formaba parte del tratamiento que le habíamos prescrito). Cuando pudo volver a andar, le gustaba desfilarse medio desnudo con sus calzoncillos de ji-

El tatuaje de hierro

nete. Las enfermeras lo encontraban enormemente divertido; incluso yo me vi asintiendo con la cabeza y riéndome entre dientes de alguno de sus numeritos. Era un verdadero pesado, pero no se puede negar que también era entretenido. El personal lo llamaba Jungle Jim.

Jim estaba fumando a escondidas en el lavabo del hospital cuando su compañero de cuarto escuchó un golpe seco en el suelo. Tenía el cráneo rajado como si hubiéramos tirado una sandía al suelo. En pocos segundos empezó a tener convulsiones sin cesar. Recibí la llamada de emergencia mientras estaba en otra sala del hospital y, cuando llegué cinco minutos más tarde, le encontré de nuevo en plena crisis de convulsiones que le sacudían y le hacían contorsionarse. Las enfermeras y yo lo cogimos y lo arrastramos hasta la cama a la fuerza.

Pero las convulsiones continuaron. El cuerpo de Jim estaba totalmente estirado, tenía los dientes fuertemente apretados y de la boca le salía espuma como si fuera la espita de la máquina de hacer *cappuccinos*. Además, cuando se mordió la lengua, la espuma pasó a ser sanguinolenta. Entonces, de repente, flexionó la cintura con violencia y los bíceps empezaron a contraerse en una secuencia repetitiva e intermitente. Entre los ataques, se quedaba tranquilo, como si estuviera sumido en un sueño profundo del que era difícil despertarle. Durante estos momentos de calma engañosa, me fijé que tenía la cara torcida y sangre en la cabeza; además, el ojo derecho estaba hinchado y negro como el de un boxeador.

Escuchar con humildad

Estimé su peso a ojo de buen cubero y le prescribí la dosis adecuada de Dolantina (difenilhidantoína), un medicamento antiepiléptico. Mientras tanto, pedí el carrito de paros para que me acercaran una dosis de loracepam, un fármaco que detiene inmediatamente las convulsiones y permite ganar tiempo para que aparezcan los efectos más lentos de la Dolantina, tras penetrar en el sistema nervioso central y calmar las convulsiones a largo plazo.

Sospeché que Jim había padecido una convulsión relacionada con su traumatismo original. Cuando se cayó en la montaña y se golpeó la cabeza, el cerebro chocó contra la pared interna de los huesos del cráneo. En condiciones normales, el cerebro flota en una sustancia llamada líquido cefalorraquídeo, que nos permite saltar, correr o rodar sin que el cerebro llegue a tocar el cráneo rígido. Pero cuando se produce un golpe fuerte, el cerebro puede chocar con el lado opuesto del cráneo a causa del impacto y, a continuación, rebotar hacia el lado del golpe, un proceso violento conocido, en términos médicos, como *coup-contre-coup*. Como resultado, se produce un hematoma o una contusión del tejido cerebral que, en muchos casos, se cura sola.

Pero el tejido cerebral que presenta un hematoma es muy vulnerable a las convulsiones porque provoca una especie de arco eléctrico en el cerebro similar a las tormentas de una noche de verano. Con la tempestad, primero hay una breve descarga eléctrica que precede a la calma. A continuación, se suceden más descargas y todavía más,

El tatuaje de hierro

hasta que el cielo se convierte en un campo de destellos. Cuando esto ocurre en el cerebro, el cuerpo empieza a convulsionarse.

Tenía la certeza casi absoluta de que Jim padecía convulsiones postraumáticas, pero quería obtener toda la información posible. Solicité un análisis de sangre completo para buscar signos de infección, de desequilibrio metabólico o de uso de drogas. Todos los resultados fueron negativos. Casi al mismo tiempo, pedí un TAC cerebral de urgencia para buscar algún posible tumor o una hemorragia. Me relajé un poco cuando examinaba la película, aliviado al no encontrar ninguna hemorragia, una causa habitual de convulsiones en hombres jóvenes después de un traumatismo. Tampoco había signos que sugirieran la presencia de un tumor cerebral. Había visto muchas convulsiones a lo largo de mi carrera, de modo que estaba bastante seguro del diagnóstico que había hecho a Jim y el tratamiento instaurado, a pesar de la furia impresionante con que se presentó.

Sin embargo, seguía preocupándome mucho por Jim. ¿Y si la Dolantina no funcionaba y continuaba convulsionando? Llevé a Jim a la unidad de cuidados intensivos, donde le administraron dosis todavía más altas para controlarlo. También le hicimos una punción lumbar para descartar una meningitis. Pero me seguía preocupando si al TAC cerebral le había pasado algo por alto. Las enfermedades muy agudas, como una apoplejía súbita no se suelen «ver» en el TAC, si éste se hace enseguida. ¿Y si se

Escuchar con humildad

me había pasado por alto algo que estaba al acecho y que podía llegar a provocar una lesión cerebral permanente... o la muerte?

Sabía que una resonancia magnética –que proporciona unas imágenes extraordinarias del cerebro– sería mejor que el TAC para captar anomalías sutiles. Tenía muy claro que necesitábamos más claridad sobre la situación de Jim, valga la redundancia, de modo que solicité una resonancia tan pronto como se hubiera estabilizado. Un poco más tranquilo, fui a visitar al siguiente paciente.

Una hora más tarde, estaba terminando el papeleo en mi despacho y recibí una llamada de la técnico de la unidad de resonancia.

–Doctor Castaldo –dijo Gloria, apresurada–, este paciente suyo, Reilly, está haciendo una escena de mil diablos aquí abajo. No quiere que le haga la resonancia. ¿Puede prescribirle algún sedante?

Mi primera reacción fue la de decir: «Claro, póngale diez miligramos de Valium». Pero dudé. Había alguna cosa que no cuadraba.

–¿Por qué no quiere que se la hagan? –pregunté.

–Dice que si lo metemos dentro de la unidad de resonancia, se quemará –explicó Gloria dejando entrever cierto sarcasmo.

–¿Se quemará? –pregunté confundido–. ¿Una especie de quemadura solar?

–No –replicó Gloria–. Se refiere a «quemarse» como si se tratara de una conflagración mortal. Dice que no

El tatuaje de hierro

le podemos hacer una resonancia porque tiene tatuajes persas.

—¿Tatuajes persas?—repetí incrédulo. En aquel momento, no sólo estaba desconcertado, sino que empezaba a sentirme frustrado y hartado. Ya tenía bastante de tanto Jim Reilly—. De acuerdo, vamos al grano —proseguí—; este muchacho está diciendo que sus tatuajes se incendiarán dentro del tubo de resonancia. ¿Alguna vez ha escuchado algo así?

—Tenemos personas tatuadas a cada rato, y nunca ha habido ningún problema —repitió Gloria con seguridad.

—Estoy de acuerdo —dije. Pero también sabía que yo no era ningún experto en resonancias—. Déjeme hablar con Joanne.

Joanne, la directora técnica de resonancia era una mujer extraordinaria que había trabajado en esa unidad desde su creación. No había casi nada que no supiera sobre esta tecnología, y confiaba plenamente en su opinión. Cuando se puso al teléfono, le expliqué la queja de Jim. ¿Había escuchado algo semejante?

—Jamás —respondió con firmeza—. Los tatuajes son absolutamente seguros en las resonancias... —imaginé que dibujaba una sonrisa suave— pero, a veces, me pregunto si lo son las personas que los llevan. Creo que todos ellos necesitan que les examinen la cabeza. Son unos alcornoques.

Dímelo a mí, pensé.

—De acuerdo —dije—. Sedadlo con un poco de Valium y hacedle la resonancia.

Escuchar con humildad

Pero mientras le estaba diciendo eso, todavía sentía que algo no cuadraba. No podía explicar qué era. Por otro lado, Jim aún estaba un poco desorientado por las convulsiones y los tranquilizantes; por tanto, no podía pensar con demasiada claridad. Además, ya conocía sus antecedentes de hablar con contundencia sobre cosas de las que no sabía demasiado, desde las decisiones de la Casa Blanca sobre la guerra, hasta la manera en que debería funcionar una unidad de traumatología. Era una fuente poco fiable.

Pero ¿y si tiene razón?, insistía una vocecita dentro de mi cabeza. ¿Había alguna posibilidad remota de que este muchacho loco supiera algo de resonancias magnéticas y de tatuajes que ningún técnico ni yo mismo conociéramos? Arrastré mi silla hasta el ordenador, tecleé el nombre de la página inicial de búsquedas bibliográficas Medline y escribí: «Tatuaje y resonancia magnética», para ver si había algún estudio publicado en los últimos cinco años. No había ninguno con los dos criterios. Respiré aliviado y desplacé el ratón sobre «Cerrar». Pero en el último segundo, sólo por curiosidad, decidí volver a repetir la búsqueda, pero incluyendo los últimos quince años.

El ordenador estuvo pensando una eternidad. Por fin, de repente salió una extraña referencia traducida del alemán y publicada en 1986. Se titulaba: «Tatuajes persas de hierro y riesgo de quemaduras de tercer grado durante la resonancia magnética». Me quedé boquiabierto. Cualquier profesional sabía que los metales ferromagnéticos

El tatuaje de hierro

como el hierro pueden calentarse peligrosamente en el poderoso campo magnético de la resonancia. Cualquier persona que tuviera hierro en su cuerpo tenía totalmente prohibido hacerse una resonancia. Pero ¿quién sabía que un tatuaje podía contener hierro? Descolgué el teléfono y llamé a la unidad de resonancia para que detuvieran la prueba.

—Si desea realizar una llamada, por favor cuelgue y vuelva a marcar de nuevo. —¡Había marcado un número erróneo!

Llamé otra vez frenéticamente y la voz dijo:

—Gracias por llamar a la unidad de resonancia magnética. Si conoce la extensión de la persona con quien desea hablar, por favor...

Colgué el aparato y salí disparado hacia la unidad de resonancia.

Sin aire, llegué frente a la puerta cerrada de la unidad. Empecé a golpear fuerte el cristal con el estetoscopio de metal y fui corriendo hacia el asistente para que me dejara entrar. Cuando el cerrojo de la puerta se abrió, me precipité por el vestíbulo hasta la unidad número uno; allí vi cómo deslizaban a Jim hacia el interior de la máquina mediante una cinta transportadora.

¡Por Dios, la prueba ya había empezado! Estaba a punto de ir directo hasta la unidad y estirar a Jim por los pies, pero el técnico, al percibir que estaba bastante alterado, tiró de la palanca y desconectó el aparato. Esperé una eternidad hasta que Jim salió del largo túnel oscuro.

Escuchar con humildad

–Jim. –Me acerqué y, aun antes de que hubiera salido totalmente de la máquina, puse mi mano sobre su tórax. Ya se notaba caliente al tacto—. ¿Está bien? –le pregunté.

Jim abrió los ojos lentamente y me miró haciendo un gran esfuerzo. A continuación, dio un bostezo enorme, se frotó los ojos y se sentó sobre la mesa.

–¿Esto es un aparato de resonancia magnética? –preguntó.

–Sí –respondí, encogiéndome por dentro.

–No me pueden hacer resonancias magnéticas –me recordó–; es por ese tatuaje persa –explicó, señalando el dragón que tenía en el pecho.

–Sí –respondí–. Utilizan hierro para estabilizar el pigmento.

–¡Ajá! –esbozó una amplia sonrisa–. ¿No le parece precioso?

No creo que Jim llegase a ser consciente de lo poco que había faltado para que le provocara una lesión. Podía haberle quemado vivo. O, por lo menos, le hubiera podido provocar unas quemaduras atroces en el pecho que hubiesen requerido un extenso injerto de piel. En lugar de eso, lo volvimos a conducir hasta su habitación, donde las crisis convulsivas se estabilizaron y las heridas se le fueron cicatrizando según lo previsto. Unos días después, a Jim le dieron el alta y regresó a su casa de Hamburgo. Nunca volví a verle.

Sin embargo, durante algunos meses pensé a menudo en él y en mi propia imprudencia. El Juramento Hipocrá-

El tatuaje de hierro

tico «primero no dañar» me resonó en la cabeza. La verdad es que había estado a punto de matar a un hombre a causa de mi arrogancia. Debería haber creído a Jim desde el primer momento. Pero no lo hice.

No le quise creer, en primer lugar porque ya casi le había etiquetado de poco fidedigno, una especie de chiflado. El señor Teoría de la Conspiración. El marinero con demasiadas historias sobre peces y pescados. Lo había dado por perdido casi sin conocerlo.

Pero, además, tampoco había escuchado a Jim porque creía que, en cierto modo, mis compañeros y yo monopolizábamos toda la sabiduría médica. Estaba convencido de que mi formación en la facultad de medicina de la Ivy League había sido amplia, completa e inexpugnable, cuando, en realidad, nunca habían pretendido que fuera nada más que la base para un aprendizaje que debía prolongarse toda la vida... incluso a partir de ir cosechando conocimientos de mis pacientes.

Todavía recuerdo esta experiencia con una sensación de profunda tristeza y el corazón acelerado. ¡Con qué facilidad el desenlace hubiera podido ser totalmente distinto! No quiero olvidar nunca a Jim ni lo que él me enseñó.

En realidad, me quedó un recuerdo. El día que asalté frenéticamente la sala de resonancias donde estaba Jim, entré en el campo magnético sin quitarme mi reloj. Se detuvo bruscamente a las 12:22. Cuando me di cuenta de que las manecillas del reloj se habían quedado congeladas en el tiempo, decidí no arreglarlo. Lo puse en el cajón

Escuchar con humildad

donde tengo la ropa interior para que cada día me recordara mis límites, por más listo, informado o experimentado que me pueda creer. Todavía sigue allí.

Y la verdad es que me gusta encontrar esta máquina del tiempo parada de este modo. Parece que, cuando estás de pie, desnudo y despabilado después de la ducha de cada mañana, buscando unos calzoncillos y una camiseta, es el mejor momento y el mejor lugar para pensar que uno debe ser humilde.